

MARÍA FÁBRY ZELENKA

EL «ESSZE» HÚNGARO Y SU RICA TRADICIÓN LITERARIA

Introducción

«El ensayo, junto con la poesía y el cuento, es uno de los tres géneros más importantes de la literatura húngara.» Son palabras de Isván Sötér, una de las máximas autoridades en materia literaria en Hungría¹. Su importancia hoy por hoy está justamente valorada y reconocida, aunque, como veremos más adelante, no ha sido siempre así.

Sus mejores representantes no sólo han elevado el ensayo húngaro al nivel europeo, sino que, impelidos por la gran responsabilidad ética, han sido también grandes educadores de su pueblo y han contribuido a ampliar nuestros horizontes y nuestra visión del mundo. En este sentido guardan una gran similitud con los ensayistas españoles.

1. El ensayo como actitud ética del intelectual

Hubo épocas en Hungría también, como la del positivismo, cuando el ensayo fue juzgado desde una óptica puramente cientificista y considerado como género «ligerero», frente a la seriedad de las monografías y disertaciones científicas. Le reprocharon precisamente lo que es su mayor virtud: el carácter dual; ser simbiosis de arte y ciencia. No es justo, de ningún modo, ver en él sólo un «subproducto» de los grandes científicos y artistas. Es un género autónomo que tiene sus propias características basadas principalmente en la actitud del autor frente a su tema.

Si comparamos el ensayo con la monografía, se ponen de manifiesto unas diferencias fundamentales. Mientras la monografía se dirige a los especialistas del tema, el ensayo se escribe pensando en el gran público lector. Por esta razón, el tema del ensayo no puede ser nunca una cuestión parcial, propiamente científica, sino una materia conocida, eso sí, tratada con originalidad. Como dice Frigyes Riedl —gran ensayista húngaro—, el ensayo es una mirada nueva echada sobre un tema conocido.

Otra de las diferencias básicas consiste en que en la monografía el tema es el

¹ I. Sötér, «Az esszé jelentősége a magyar irodalomban» (La importancia del ensayo en la literatura húngara), *Szovjet Irodalom*, n.º 11, 1984, págs. 3-5.

objetivo y tiene interés por sí mismo; en cambio, en el ensayo el tema es un simple pretexto para dar rienda suelta a las diversas reflexiones personales, y el objetivo apunta mucho más allá del tema, con un afán totalizador e integrador de la vida. Frente a la objetividad de la monografía, el ensayo opta por la subjetividad.

Lo que interesa en primer lugar al ensayista es comunicar alguna idea, transmitir alguna experiencia vital y, sobre todo, enseñarnos cómo establecer armonía entre nuestros conocimientos adquiridos y nuestro sentimiento de la vida. Ser un punto de unión entre cultura y moral, entre vida y libro: he aquí el móvil de todo buen ensayista. Éste es el espíritu que alienta a las grandes figuras del ensayo húngaro. Son moralistas sin predicar; son cultos sin ser pedantes; no sólo conocen la cultura, también la viven; con su actitud reflexiva incitan a la meditación.

La crítica literaria húngara frente al ensayo, o adopta un enfoque histórico, analizando las distintas etapas del ensayismo húngaro, como los grandes estudios de Sötér²; o, aceptando su naturaleza poco concreta, subjetiva y libérrima, escriben auténticas apologías del género, que pueden ser discutibles, pero, qué duda cabe, poseen un gran poder persuasivo³. El ensayo es «la ciencia suprema disfrazada de ignorancia», «es el arte aplicado en las ciencias y la ciencia aplicada en el arte», «es la subjetividad comprometida que ilumina la objetividad de las cosas», «es el arte de complementar», «es el género del hedonismo intelectual»... Fórmulas aforísticas como éstas abundan en los artículos dedicados al ensayo.

2. Los comienzos del ensayismo húngaro

Los comienzos del ensayo húngaro se remontan hasta mediados del siglo pasado y tienen una estrecha vinculación con la profunda crisis social y espiritual en la que el país se vio sumido, tras la derrota de la Guerra de la Independencia (1848-1849).

En esta primera época el ensayo húngaro no muestra todavía signos de madurez; la distinción entre ensayo y monografía se hace difícil. En realidad, se trata de estudios de crítica literaria con ciertos matices ensayísticos, como puede ser el tono subjetivo o la utilización de medios de expresión puramente literarios.

Entre las influencias extranjeras en este primer período destacan las de Macaulay y Sainte-Beuve que marcan dos caminos a seguir.

En los retratos de Zsigmond Kemény y Antal Csengery⁴, se hace patente la influencia de Macaulay. Con pocas y acertadas pinceladas saben dibujar toda una época como trasfondo de sus personajes; sobre el gusto artístico refinado prevalece el rigor científico. Por el contrario, el método inductivo de Sainte-Beuve tiene sus seguidores en los retratos de Pál Gyulai, el crítico más importante del momento; precinden de la época y centran su atención en su personaje, cuyo retrato, construido a partir de elementos concretos, resalta delante de un fondo oscuro y gana en plasticidad⁵.

² I. Sötér, *Nemzet és haladás* (Nación y progreso), ed. Akadémia, Budapest, 1969, y «A magyar esszé» (El ensayo húngaro), Revista *Irodalomtörténet*, n.º 4, ed. Akadémia, Budapest, 1980, págs. 912-929.

³ A. Gyergyai, *Védelem az esszé ügyében* (Apología del ensayo), ed. Szépirodalmi, Budapest, 1984; G. Páskándy, «Tudomány-e az esszé?» (¿El ensayo es una ciencia?), Revista *Alföld*, n.º 1, 1979, págs. 93-95, y Z. Héra, «Az esszé dicsérete» (Alabanzas sobre el ensayo), Revista *Népszabadság*, 2 de noviembre de 1975, pág. 5.

⁴ Zsigmond Kemény, escritor, publicista, político, máximo representante de la novela histórica. Sus ensayos fueron publicados con el título *Élet és irodalom* (Vida y literatura) en 1854, y A. Csengery, escritor, historiador, traductor y gran divulgador de la Historia de Inglaterra de Macaulay en Hungría.

⁵ P. Gyulai es el indiscutible líder de la crítica literaria de la segunda mitad del siglo XIX. Sus estudios más importantes son: *Petőfi Sándor és lírai költészetünk* (Sándor Petőfi y nuestra poesía lírica), 1854; *Katona József és Bánk bánja* (József Katona y su Bánk bán), 1860, y *Vörösmarty életrajza* (La vida de Vörösmarty), 1866.

Sin embargo, el creador del ensayo húngaro moderno se llama Jenő Péterfy. En 1881 publicó en *Budapesti Szemle* (Revista de Budapest) su gran ensayo sobre la vida y la obra del ya citado Kemény, a quien le une una comunidad espiritual. Bajo la pluma de Péterfy el ensayo se convierte en una especie de confesión. Entre el autor y su tema se establece una relación íntima, a veces contradictoria. Como buen conocedor de Sainte-Beuve, Péterfy también basa sus ensayos en el drama del yo, en un problema interno. Kemény, Dante o Aristófanos ya no sólo le interesan por lo que son, grandes autores de la literatura; ve en ellos mucho más: testimonios de la complejidad y contradictoriedad del alma.

Otro gran representante de la época finisecular es Frigyes Riedl, cuyo ensayo sobre el gran poeta *János Arany* es todo un ejemplo del género. En la personalidad de Riedl se funden el filólogo erudito y el pedagogo vocacional. Siguiendo la teoría de Taine, Riedl indaga la relación que guarda la poesía de Arany con su vida, con su personalidad y con su ambiente. Ajeno a todo dogmatismo, despojado de todos los oropeles teóricos, el ensayo de Riedl intenta, antes que nada, divertirnos. Para ello la garantía reside en su estilo ameno y flexible; a veces irónico, a veces sentimental.

3. *La época de madurez*

Entrado ya el siglo xx, y hasta la Segunda Guerra Mundial, en ensayo húngaro vive un largo y fecundo período. Sus cultivadores proceden de los más diversos campos: de la política (Oszkár Jászi), de la historia (Gyula Szekfü), de la música (Béla Bartók y Zoltán Kodály), del arte (Károly Lyka); pero las verdaderas cumbres surgen cuando el ensayo se pone al servicio de la renovación literaria: Mihály Babits, Antal Szerb, Gábor Halász, László Németh, György Sárközy, László Cs. Szabó, etc.

Pese a esta gran diversidad temática, el ensayo húngaro se ajusta a un talante común; se caracteriza por una fuerte vocación europeísta y, en estrecha relación con ella, desarrolla una labor de divulgación cultural. A los mejores intelectuales les preocupa —a veces en un grado obsesivo— los lazos de la cultura húngara con la europea. Pero ya no se trata de asomarse al panorama europeo con ojos húngaros, como lo hicieron sus antecesores del siglo xix; sino de contemplar la cultura húngara desde perspectiva europea. En este cambio de visión reside la novedad del ensayo húngaro contemporáneo.

En 1908 nace una revista llamada *Nyugat* (Occidente) que a lo largo de cuatro décadas será el foro más importante de nuestra vida literaria. Desde su nacimiento defiende una literatura urbana, una visión literaria capaz de abarcar todo el horizonte europeo, frente a la literatura anclada en el populismo, incapaz de ofrecer soluciones a la sociedad moderna.

La Primera Guerra Mundial ejerció una influencia catalizadora de las tendencias latentes en la sociedad húngara, acelerando también el surgimiento de un nuevo gusto literario.

La figura más relevante de esta primera generación de *Nyugat* es Mihály Babits. Con él nace en Hungría el ensayo artístico propiamente dicho y llega, por primera vez en su historia, a la altura del gran ensayo europeo.

Babits sigue las huellas de Péterfy; es decir, analiza los autores en sí mismo, prescindiendo del entorno social, y a ello añade sus conocimientos de la psicología moderna. Destacan sus dos ensayos dedicados al gran poeta romántico Mihály Vörösmarty, que son auténticos testimonios del encuentro de dos poetas congeniales. Con una gran sensibilidad intuitiva, compone su retrato en torno al conflicto

interno, insoluble, entre la fidelidad al compromiso patriótico del poeta y los monstruos de las profundidades de su yo inmesurable⁶.

En otro ensayo *Petőfi y Arany*, muy discutido en su momento, nos ofrece los retratos de los dos poetas más grandes del siglo XIX; una vez más, se basa en la polaridad: Petőfi, el burgués disfrazado de genio; Arany, el genio disfrazado de burgués.

Pero a Babits no sólo le interesan los temas literarios. Su mirada atisba con ansiedad todo lo que ocurre en el panorama intelectual europeo. Es uno de los primeros divulgadores en Hungría de la teoría de Freud y de la filosofía de Bergson.

En su famoso ensayo «La traición de los intelectuales» (1928), se vuelve amonestador y guía intelectual de las generaciones jóvenes. En él propugna la idea de que el escritor debe ser guardián de la cultura universal y, para ello, debe luchar desde su condición de individuo, sin entregarse a ninguna colectividad. No es difícil descubrir en el aristocratismo intelectual de Babits la gran afinidad con las ideas de Ortega y Gasset.

A principios de los años treinta vuelve a surgir, en torno a la misma revista *Nyugat*, un grupo de jóvenes que unos llaman la «segunda generación» y otros prefieren la denominación de «generación de ensayistas». La integran, entre otros, Laszlo Cs. Szabó, Gábor Halász, Antal Szerb y Laszlo Németh.

Todos ellos recurren al género del ensayo, porque lo consideran el más adecuado para levantar su voz frente a un mundo en descomposición, cuyo horizonte se va oscureciendo cada vez más bajo las alas del fascismo. Las palabras de Laszlo Németh son reveladoras:

la verdadera musa de la época es la desorientación angustiosa. Somos naufragos que miramos las estrellas, creyendo que existe una ribera y las estrellas nos guían. No quiero enseñar. Considero al ensayo el género del aprendizaje público; un espíritu busca sus puntos cardinales en el horizonte y, al mismo tiempo, ayuda a los demás a encontrarlos.

Cs. Szabó se distingue entre sus compañeros por sus grandes conocimientos de economía y ciencias sociales. Por eso pudo conseguir el ideal de todos los ensayistas: la síntesis de ciencia y literatura. Cultiva el ensayo con gran conciencia y responsabilidad. «El ensayo se vuelve ético...; su afán de orientarse, su curiosidad, vuelven a encontrar el camino hacia la comunidad; y la razón desencantada de repente descubre en Europa el hombre libre.» Ésta es la idea que se expresa en *Género y generación* (1937).

El núcleo de su pensamiento es también la unidad de la húngaridad y de la europeidad. Es un gran racionalista y, a la vez, gran admirador de la lucidez latina (*Europa latina*, 1939).

Residente en Londres desde 1949, es el ensayista más conocido de la diáspora húngara; su obra, sin embargo, ha estado prohibida en su país hasta bien entrados los años ochenta.

Gábor Halász no pertenece a los autores fecundos; su obra cabe en un solo tomo. Su autocrítica severa y su afán de perfección le hizo revisar y reescribir varias veces sus ensayos.

En *La búsqueda de la razón* (1938) se declara un tardío descendiente de la Ilustración, un racionalista impenitente que encuentra su patria espiritual e intelectual.

⁶ M. Babits, «Vörösmarty, el joven; Vörösmarty, el hombre», *Esszék, tanulmányok* (Ensayos-estudios), 1-2, ed. Szépirodalmi, Budapest, 1979.

tual en el Siglo de las Luces. Sus primeros ensayos nacen a finales de los años veinte, cuando en toda Europa triunfa el irracionalismo. Viendo los peligros inherentes a esta filosofía, él se siente atraído por la postura menos popular: en nombre de la razón se opone a las tendencias de la época que estaban en boga. A nivel ético esto significa rechazo por el romanticismo y preferencia por el clasicismo (*La muerte de la lírica*, 1929). Norma, medida, claridad, son sus palabras clave. La forma de ser y pensar de Halász nos recuerda a Eugenio D'Ors.

Entre los miembros de su generación él es quien mejor conoce a los ensayistas españoles y dedica un ensayo a Ortega y Gasset (*Ortega y Gasset*, 1944).

Halász vivió profundamente el paso del tiempo. Y, como él dice, «no hay otro género en el que el correr de los años fuera tan decisivo como en el ensayo; ningún otro arte puede sustituir las experiencias en él acumuladas». Para Halász, al igual que para sus compañeros generacionales, el ensayo no es tesis, sino estado de ánimo.

Al leer el libro de Halász tenemos la sensación de estar ante una obra inacabada. La muerte le sorprendió cuando estaba madurando un nuevo sistema de ideas que, de haber tenido tiempo, hubiera podido dar una mayor dimensión a su obra.

Antal Szerb es quizá el más conocido y el de mayor prestigio de todo el ensayismo húngaro. «Entre los filólogos húngaros hay muy pocos artistas. Antal Szerb lo es.» Esta opinión de Németh nos da una idea de su personalidad: en él conviven el científico y el artista en una armonía admirable. Su inmensa preparación erudita le asegura el manejo soberano del tema; su vena artística le impide caer en la trampa de la pedantería. Los tres pilares de la obra de Szerb son: *Historia de la literatura húngara* (1934), un tomo de ensayos titulado *Días corrientes y milagros* (1936) e *Historia de la literatura universal* (1941).

Su *Historia de la literatura húngara* es una serie de ensayos, cuya literatura todavía hoy nos cautiva y la leemos desde la primera hasta la última línea como si de una novela se tratara. Siguiendo la tradición del ensayo moderno de Péterfy y Babits, Szerb cultiva el ensayo artístico basado en una estructura dramática, polarizada en un conflicto interno. Su obra más que historia podríamos llamarla «diario de un lector». La actitud de Szerb es la actitud de un lector receptivo y catador de matices que sabe tratar obras y autores lejanos como si fueran sus contemporáneos.

Su enfoque no está exento de errores; para él en la literatura húngara el sol nace en Occidente. El tratamiento de la literatura húngara desde la perspectiva europea no es nuevo; lo encontramos también en los ensayos de Babits, Halász y Cs. Sabó. Pero absolutiza los valores occidentales y, en definitiva, quiere occidentalizar nuestra literatura. No obstante, este error es a la vez su virtud. En una época de nacionalismos fanáticos la búsqueda de la relación húngaridad-europeidad se convierte en un acto de fe. «Nuestra historia literaria —dice Szerb en la introducción— nos enseña que los más europeos han sido al mismo tiempo los más húngaros.»

Días corrientes y milagros está dedicado a la novela occidental del siglo xx. Ya en el mismo año de su publicación levantó mucha polémica; unos lo alabaron, otros lo vituperaron. Pero lo cierto es que, con la ayuda de este libro, en Hungría toda una generación de intelectuales aprendió a leer a Proust, Thomas Mann, Musil, Faulkner... Con sus aciertos y errores, este libro es una auténtica aventura intelectual.

Szerb establece una clasificación de la novela y, frente a la realista clásica del siglo xix, privilegia la novela de principios del siglo xx. La línea Marcel Proust-Thomas Mann constituye para él el eje vertebral de la novela contemporánea.

Es interesante señalar que Kafka y Joyce quedan fuera de su campo de observación. Para la generación de Szerb la lectura de Kafka no ha llegado a ser aún vivencia fundamental; para ello tienen que pasar treinta años más. Y en cuanto a

Joyce, su rechazo es total; considera el Ulises decadente y carente de todo sentido.

En su *Historia de la literatura universal* aborda el tema de manera ensayística, con una gran dosis de subjetividad, seleccionando al máximo. La realidad vivida del nazismo le vuelve pesimista; sin embargo, la elaboración de los temas no pierde frescura y originalidad. Retrata a los autores y épocas dando forma una vez más a sus impresiones personales, aderezándolas con un chisporroteo de comentarios irónicos.

Szerb fue un fenómeno único e irrepetible del ensayismo húngaro, con cuya popularidad no han podido rivalizar los otros miembros de su generación. Hay una trágica fatalidad en el hecho de que Halász y Szerb, grandes amigos y compañeros, murieran asesinados en un campo de trabajos forzados de los nazis, poco antes de finalizar la guerra. Eran espíritus libres y cultos, de formación humanística y vocación europeísta. Personificaban todo lo que odiaban sus enemigos.

Laszló Németh es el único de esta generación que jugó un papel determinante en la vida intelectual posterior. Médico de profesión, de vocación europeísta y de erudición polifacética, Németh se separa del círculo de Nyugat, considerando demasiado estrechos los cauces literarios de esta revista. En 1935 funda su propia revista, *Tanú* (Testigo) en la que durante cuatro años y medio publica la mayor parte de su obra ensayística.

Es un auténtico polígrafo, cuyo inmenso saber abarca desde la literatura, la política y la historia, hasta la pedagogía y las ciencias naturales. En sus ensayos indaga el lugar histórico de Hungría en el contexto europeo y el papel del intelectual en las nuevas circunstancias sociales⁷.

4. *El ensayo húngaro desde la segunda guerra mundial*

Hasta 1950 hubo intentos de salvaguardar el espíritu de *Nyugat*; pero en la época del estalinismo el inhóspito clima ideológico no favoreció el cultivo de un género tan libre y flexible como es el ensayo.

Las pocas excepciones pertenecen a la temática musical, más tolerada por su carácter inocuo; por ejemplo, los ensayos de Bence Szabolcsi⁸.

Desde mediados de los sesenta, con el deshielo cultural, la vida literaria también empieza a normalizarse; el ensayo poco a poco vuelve a aparecer en el panorama literario, para recuperar su prestigio ya en los años ochenta.

En estos últimos años hemos presenciado la rehabilitación de grandes ensayistas ignorados; se suceden las ediciones póstumas de sus obras. Es el caso de Béla Hamvas, cuya obra estuvo postergada por su carácter eminentemente cristiano. La misma suerte corrieron los ensayos de Cs. Szabó y Németh.

Además de éstos, son muchos los nombres que se barajan hoy a la hora de hablar del ensayo. Uno tiene la impresión de que el género se va diluyendo peligrosamente entre la monografía, la crítica y la novela.

Con el riesgo de simplificar demasiado, podemos distinguir dos formas de ensayo. En los estudios de Sötér, Bóka, Kardos, Gyergyai o Pomogáts, el ensayo se aproxima a la monografía o a la crítica literaria; se reviste de mayor carácter

⁷ L. Németh, *Utolsó széttekintés* (Última ojeada), ed. Magvető és Szépirodalmi, Budapest, 1980.

⁸ B. Szabolcsi, *A XIX. század magyar romantikus zenéje* (La música del romanticismo húngaro del siglo XIX), 1951, y *Liszt Ferenc estéje* (La noche de Ferenc Liszt), 1954.

científico y pierde subjetividad. Como grandes filólogos y profesores que son han desarrollado una labor investigadora y educativa importante en relación con el ensayo, pero como ensayistas no han calado tan hondamente en el sentir común literario, como sus antecesores de los años treinta.

La otra forma del ensayo es el ensayo artístico cuyos cultivadores son grandes poetas, dramaturgos y novelistas, como Gyula Illyés, Endre Illes, János Pilinszky, István Vas, Ferenc Juhász, etc. A diferencia del ensayo de los años treinta y cuarenta cuando este género sirvió de orientación en el mundo para enfrentarse con el presente, el ensayo de los sesenta y setenta se va aproximando a la memoria, vuelve al pasado o para librarse de su gran peso, o para buscar puntos comunes de identidad con los antepasados. En todo caso, el ensayo no llega a tener la misma importancia dentro de la obra de sus autores y tiene un carácter complementario. Es el caso de László Németh, entre otros, cuya actividad literaria, después de los años cuarenta se desliza hacia la novela y el drama; o el de Illyés, Pilinszky, Juhász que son conocidos fundamentalmente como poetas.

En este panorama prolífico, pero un tanto monótono, llama poderosamente la atención un tomo de ensayos que acaba de aparecer en 1988. Se trata de *El cisne disecado*, su autor es Péter Esterházy, la gran revelación de la novela húngara actual⁹.

La gran novedad de este libro consiste, por un lado, en lo actual de su temática y, por otro, en lo atractivo de su estilo personalísimo. Aparte de algún que otro tema literario, Esterházy habla en estos ensayos de los graves problemas que sufre la vida cultural y la misma sociedad húngara actual, dando voz a una desazón generalizada. Y lo hace —como proponía Babits— desde su condición de intelectual libre e independiente. Él también medita, reflexiona, pero sin dar soluciones, sin decir verdades absolutas como los grandes maestros del género.

Sus ensayos llevan el sello inconfundible de lo que se ha dado en llamar «el estilo Esterházy» que es una mezcla de intelectualidad y banalidad, lirismo y cinismo, aforismos sabios y lugares comunes; todo ello expresado en un lenguaje liberado de convenciones y ataduras conceptuales y gramaticales.

Si este tomo no queda en ser una simple excursión del novelista en el campo del ensayo, es fácil suponer que Eszterházy vuelva a reconquistar al gran público lector y sus ensayos marquen un nuevo hito en la historia del ensayismo húngaro.

⁹ P. Esterházy, *A kitömött battyú* (El cisne disecado), ed. Magvető, Budapest, 1988.